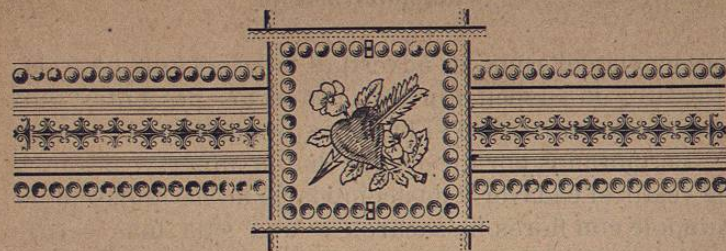


los agonizantes. Se santiguó, como quien emprendía un negocio de mucha importancia; y no sabiendo su hermano con qué fin hacía estas acciones, insinuó que era ya llegado el último trance de la partida. Rogó que la quitasen la almohada; para que así reclinando la cabeza sobre el desnudo leño de la cabecera, se verificase que moría en Cruz. Finalmente estando con todos sus sentidos, entero el juicio, puestos en el cielo los ojos, sin señal alguna de pavor ó miedo, al pronunciar estas últimas, aunque dulcísimas palabras: «Jesús, Jesús sea conmigo», espiró tranquilamente.

Fué muy conforme á sus méritos, que pues Rosa en la edad infantil había dado principio á su oración con estas palabras, fuesen esas mismas aquellas con que despedía el espíritu; dando á entender con eso que cuando comenzaba á pisar los umbrales de la eternidad, llevaba consigo la divisa de la inocencia infantil, que no interrumpió jamás. Espiró cuando apenas había cumplido treinta y dos años y cinco meses, felizmente empleados; terminando con la dicha eterna que coronó el feliz curso de sus días.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO



CAPITULO I (1)

Comienza nuestro Señor á dar á conocer la gloria de que gozaba su sierva la virgen Santa Rosa.

DIFÍCIL hubiera sido cerciorarse de que había entregado Rosa su alma afortunada en manos del Criador, á juzgar tan solo por las señales que se notaban en su cuerpo. Se descubrían en su cadáver, al parecer, más señales de vida que las que daba la virgen antes de separarse el alma del cuerpo. Tenía vivo el color del rostro, los labios teñidos de carmesí; los ojos, no quebrados ni oscurecidos con las sombras de la muerte, brillaban como dos luceros, y en todo su cuerpo, privado ya de la

(1) Hemos creído oportuno alterar algún tanto el orden señalado por el P. Hanssen, pasando al libro segundo de la vida de nuestra santa materias que dicho historiador trata en el primero. También juzgamos necesario añadir á las noticias dadas por el mismo en la que él llama Apéndice, y que nosotros convertimos en Libro segundo, otras muchas de que él no pudo hablar por haber sido posteriores al tiempo en que escribió la vida que traducimos.

presencia del alma, se advertían tales señales de vida, que tuvo en suspensión gran rato á los presentes, sin saber determinarse á si había expirado.

Cerciorados por fin de que había muerto; después de vestir el cadáver y de acomodarle en las andas adornándole con flores, le sacaron á una sala más capaz, en donde se hallaban su madre y otras muchas personas, á las que parece había de impresionar y mover á llanto aquel espectáculo. Con todo eso ninguno hubo que en este acto derramase un solo suspiro; antes bien, con impensado prodigio, se apoderó de sus corazones tal tropel de gozo y contento, que en toda la casa se advertían señales de júbilo y alegría, y parece que se había trocado en casa de placer, donde se celebraban bodas. Tal era la impetuosa avenida de consuelos y gustos, que todos se admiraban viéndose dulcemente anegados en un piélago de alborozos espirituales.

Diecinueve personas libres, fuera de los muchos esclavos de D. Gonzalo, de uno y otro sexo, cercaron el lecho de Rosa cuando expiraba. Mientras vivió, todo fué tristeza y melancolía en ellos; pero apenas despidió la virgen el último aliento, en un instante se convirtió el llanto en suavidad; restauróse el aliento perdido, respiró el pecho, cesó la fatiga y sin saber cómo les enseñó la experiencia que eran más soberanas fuerzas las que serenaban la tormenta de los corazones; obligándoles á aplaudir por dichosa á Rosa y tener por feliz su pérdida, dándoles á entender que su muerte más era digna de aplausos que de lágrimas y sollozos. Cierta persona de las que asistieron á su dichosa partida, como mereció ver que tropas numerosas de angélicos espíritus cercaban la cama donde murió, así también después advirtió que los celestiales moradores hacían fiesta y música, cercando en torno el féretro donde estaba el cadáver. La misma persona dijo á la mujer del contador D. Gonzalo muy en secreto que había visto toda la pieza donde estaban las andas bañada con luces de gloria. Y después afirmó con juramento que tres

días antes del feliz tránsito de la virgen había Cristo revelado á una persona religiosa, que había de ser admirable la muerte de Rosa y que tenía dispuesto su alta providencia que en su enterramiento no se pusiesen lutos, sino paños de fiesta de color de nieve y aquellos que se usan en las más grandes festividades, tales que no diesen á entender que se celebraban exequias, sino triunfos y victorias. Se apoderó de tal modo en esta ocasión la alegría de las personas que allí se hallaban presentes, que algunas mujeres devotas, que velando la difunta, estaban esperando que rayase el día, sin poder irse á la mano comenzaron á cantar himnos espirituales, diciendo que no las permitía el gozo de que se hallaban dominadas llorar como muerta á quien vivía delante de Dios.

Al amanecer la fiesta de San Bartolomé, Alfonsa Serrano, rendida por el sueño de la mañana en casa de sus padres, que estaba muy distante del lugar donde murió Rosa, supo como entonces acababa la virgen de dejar los despojos de la mortalidad. Habían hecho las dos concierto que la primera que saliese de esta vida, concediendo Dios licencia, avisase á la otra, dándole noticia de su partida. Cumplió la promesa Rosa, y así la misma noche que murió se apareció á su amiga en forma de luz hermosísima, y despertándola suavemente, sin causarla miedo ni sobresalto, la dió por nuevas que había partido de este mundo para vivir eternamente en la región de la luz. Resérvase para otro lugar el tratar largamente de las muchas apariciones que hizo Rosa, bañada con luces y resplandores celestiales.

Apenas amaneció, cuando sin haber nadie convocado la gente, se halló la casa de D. Gonzalo llena de concurso. Admirábanse los domésticos por dónde ó cómo se había divulgado tan presto por toda la ciudad la nueva de la muerte de Rosa, que aún estaba casi palpitando. Aunque se hubieran dado públicos pregones por todos los cantones de la ciudad, no pudiera, á tal hora, haberse convocado tan numeroso pueblo, cuanto se ha-

llaba junto en aquella casa, sin que se hubiese puesto diligencia humana para reunirla. Vino entre los primeros el Maestro Lorenzana, varón gravísimo, y notando que Rosa estaba en el féretro, no como cadáver yerto y desfigurado, sino como si estuviera durmiendo con reposado sueño, no pudo reprimir el ímpetu del espíritu y así comenzó á exclamar con gritos: «Benditos sean los padres que te engendraron, oh Rosa hermosísima; bendita la hora en que naciste al mundo; bendígate Dios, hija felicísima de mi Padre Santo Domingo, que estás gozando ahora del rostro beatífico de tu Criador. Al fin fué tan dichosa tu muerte como tu vida; entraste en el cielo con la gracia bautismal, sin haberla interrumpido jamás con culpa mortal, con inocencia inmaculada de vida, con pureza infantil de virginales candores. Sigue ahora, sigue á tu gusto, sin que haya cosa que pueda embarazarte, sigue al Corde-ro inmaculado, sigue sus pasos por do quiera que camine.» En este interin mezclándose unos con otros, por ser mucha la apretura, nobles con plebeyos, forasteros y ciudadanos, españoles é indios cercaban las andas, tocando á porfía los rosarios al santo cuerpo, arrebatando cuantas flores adornaban el cadáver y repartiéndolas entre sí. Este procuraba, como mejor le daba lugar el tumulto de la gente y las oleadas del pueblo, besarla los pies; aquél era más dichoso si podía besar la mano, y no faltaron muchos que con piadoso latrocinio le cortaban la orla del hábito, cuando otros cercenaban las tocas; ocultamente al principio, después al descubierto, con tal prisa y tanto empeño, que en breve fué necesario poner guardas que defendiesen á la virgen contra la devoción que la iba despojando. Los que no se atrevían á romper por la gente y se quedaban más distantes, estaban como elevados, sin poder apartar la vista del agraciado rostro, cuya belleza crecía con las flores de la guirnalda y la blancura del velo. Muchas veces probaron las matronas que habían sido más amigas y más familiares de Rosa, cerrar los ojos

de la difunta; pero fué en vano su intento, porque los párpados se volvían á su puesto y solo cubrían la mitad de las niñas; como si aun después de muerta, á fuer de amante y fina, no quisiera apartar la vista de sus amados conciudadanos los habitantes de Lima, á quienes siempre había estimado con amor y con ternura.

Creció la multitud de los que acudían á visitar á Rosa, y con la multitud crecieron las apreturas; sin bastar las anchurosas puertas de aquella casa para dar entrada á la gente, ni salida á los que estaban dentro, por ser grande la concurrencia. Habían ya llenado las turbas el patio, los zaguanes, las salas; y así se vió obligado D. Gonzalo á abrir la puerta falsa de su casa, para que saliendo los que habían visto á la virgen diesen lugar á los que venían de nuevo. Fué de provecho el remedio; pero por poco tiempo. Sólo pudo durar hasta que la inundación de gente con ansias de ver el devoto espectáculo de la difunta, supo que también por allí había entrada. Y fué luego tanto el concurso, que aun no daba lugar para que entrasen las personas de mayor respeto. Por lo cual el señor Virrey se vió obligado á poner su guarda á las puertas, para evitar que tanto enjambre de pueblo no parase en alguna alteración ó tumulto. Admiróse la ciudad de verse toda conmovida, sin que nadie la moviese; sólo para honrar el entierro de una virgen pobre y desvalida, hija de padres humildes, y que mientras conservó la vida había solicitado tanto el verse olvidada y desconocida de todos. Pero era necesario que se viese cumplido lo que el cielo había pronosticado; que había de ser su sepultura gloriosa y célebre.